

¡BUENO! ASÍ NO VAMOS MAL

Cuando yo era joven, había esperanza. Cuando yo era joven, había muchas guerras, hambrunas, miseria. Cuando yo era joven los poderosos oprimían a los débiles. Pero teníamos esperanza. Sabíamos que se podía salir de una dictadura. Sabíamos que si estudiábamos y nos esforzábamos, tendríamos para comer. Sabíamos que podría implantarse el diálogo para dirimir entre intereses encontrados. Teníamos la certeza de que se podía alcanzar la paz. Éramos conscientes de que arrimando el hombro y siendo solidarios y críticos podríamos evitar que la ambición, la miseria, la envidia, la enfermedad, el hambre y la muerte se adueñaran del mundo.

Cuando yo era joven había una cosa que se llamaba ética. Esta ética afinaba mucho en los matices posibles de los Diez Mandamientos. No matarás, por ejemplo, llevaba desde eliminar la pena de muerte, hasta poner un servicio de apoyo a deprimidos y posibles suicidas. Desde cuidar la vida y mantenerla, hasta ayudar a quienes no tenían medios para proveerse de una vida digna.

No robarás, no era simplemente meter la mano en la caja del dinero, era no defraudar a Hacienda, no llevarse los bolígrafos del trabajo, no desperdiciar la comida, no tirar la ropa o los zapatos sin a penas usarlos. Todo el mundo sabía que tenía perdón quien robaba una gallina por pura hambre. Todo el mundo sabía que si no se devolvía lo robado, no se perdonaba, si no se había robado por necesidad. También era bien conocido que igual que robar cosas materiales, era robar quitarle la honra a alguien, difamándolo, calumniándolo, contando falsedades y difundiéndolas, apoyados en el ‘lo sé de buena tinta’ o yo tengo autoridad.

La ética lo inundaba todo. Por supuesto, cuando yo era joven, había sinvergüenzas, pero estos aparentaban piedad, se ocultaban para hacer sus fechorías o las revestían, escondiéndolas a los ojos de los demás. Estaba muy mal visto llamar imbécil o cretino a cualquiera, por mucho que en verdad lo fuera. Estaba mal visto tratar de salvajes e irracionales a aquellos que no pensaban como nosotros o tenían otras costumbres. Hoy en día, gilipollas, como dirían los lingüistas, está lexicalizado.

En fin, había lo que se llamaba entonces, ‘vergüenza torera’. Con el paso del tiempo, con la prosperidad y las libertades, en vez de ir hacia delante, parece que habíamos ido para atrás. Esto a algunos nos producía cierta desazón y, a ratos, profunda indignación. De pronto, había dejado de estar bien visto hablar de ética.

Artes nobles como la escritura, por poner un ejemplo, se han convertido en difamaciones encubiertas o en flagrantes demostraciones de falta de imaginación y, si me apuran, en un desprecio total a la sintaxis. Ya no se trata de escribir acerca de valores establecidos desde antiguo o de criticar vicios universales. Quién se atrevería a escribir algo semejante a *El avaro* de Molière o al *Volpone* de Ben Jonson. Quiénes de los autores actuales pondrían en pie una obra en la que se hablara de un Otelo, arrebatado por los celos, o un Ricardo III, obsesionado con sus ambiciones, al que sólo se le puede oponer un Macbeth. No. Hoy en día los autores escriben novelas de ciencia ficción, para no comprometerse con la realidad o novelas históricas, edulcoradas, de las que no se saca ninguna enseñanza o aquellas que retuercen la realidad con una clara intención de convertirse en piedra de escándalo.

Otro tanto se podría decir del noble arte de la política. Pero ahí no voy a entrar pues todos estamos de acuerdo en que para muchos, los más nobles, lo importante son las ganancias electorales y, para otros, los más rastreros, su propio enriquecimiento. Para la mayoría, la política no es sino un *modus vivendi* y aquello del bien común y la convivencia pacífica es un camelo o algo sin interés.

Si antes estaba feo decir determinadas cosas en público, ahora todo el mundo te expresa su opinión que no es sólo una apreciación, sino un claro, contundente e inapelable juicio de valor que niega el derecho a la diferencia, es decir a la conciencia individual, o resaltándola, le niega el derecho de existencia o la condena sin paliativos ni matices. Al desaparecer la ética, desaparecen los detalles.

Hay que tener en cuenta que la ética, aunque sea objeto de muy sesudos tratados, de escuelas diferentes y de definiciones prolijas, no es otra cosa que la expresión del sentido común al que acompaña y atempera la empatía.

Este exordio tan extenso nos lleva a la figura del Papa Francisco. Si tienen ustedes la paciencia - no se necesita mucha porque sus textos son claros y directos- de leer lo que dice, verán que es un ejemplo perfecto de esa combinación. Por eso sorprende que, después de años de silenciar la existencia de la ética y considerarla moralina, vaya el hombre y hable de ella.

Después de tanta piedad hueca, de devociones sin número, de tanta falsa fraternidad, de que los pobres se hubieran convertido en ‘pobres de espíritu’, de que las injusticias sean ‘daños colaterales’ y de todo un lenguaje encubridor, arropado en boato y autoridad, considerando a los fieles simples escuchas obedientes y sin criterio ni

teológico ni de ninguna clase, refresca muchísimo el ambiente que este hombre, el sucesor de Pedro, hable con naturalidad, diga las cosas directa y llanamente.

La JMJ, esta vez en Brasil y la primera que preside el Papa Francisco, es una buena muestra de ello.

No sé si esos jóvenes habrán escuchado y hecho suyas las recomendaciones del Papa. Pero tengo que reconocer que su discurso me suena conocido y creía que era yo de los pocos que aún recordaban ese tipo de cuestiones, que eran la base del pensamiento de muchos que éramos jóvenes hace unos cuarenta años.

La separación entre la Iglesia y el Estado. De eso llevamos algunos convencidos mucho tiempo, sobre todo en determinados lugares. Esa realidad que hace más libre a la iglesia y a sus fieles más tolerantes con los que pertenecen a otras confesiones, pues tienen todos los mismos derechos ante el poder político, me parece fundamental. Pero ya había yo perdido la esperanza de oírlo en boca de un prelado o de un simple cura de a pié (salvo honrosas excepciones).

El respeto a los cristianos que no pertenecen a la iglesia católica, sobre todo evangélicos (evangelistas dicen los periódicos con frecuencia). La pregunta acerca de por qué muchos se han ido a esas nuevas iglesias, abandonando la católica. Eso, en vez de cuestionarse, a muchos los ha hecho afirmar cosas como: Mejor pocos y buenos que muchos. Pues va el Papa y dice que a lo mejor nos hemos equivocado con tanto sentirnos elegidos, poseedores de la verdad, prepotentes y convencidos de que todo lo teníamos hecho. Propone, pues, que se intente volver al espíritu del Evangelio.

Propone además que se empeñe uno en los pobres, en la fraternidad, en el acompañamiento. Cuánto tiempo hacía que habíamos vuelto a los pobres de espíritu y obviábamos a los pobres que, de puro pobres, están a punto de perder su categoría de humanos.

Dice el Papa que no nos olvidemos de los viejos, que son la memoria, la sabiduría, el apoyo y el consejo. Hasta ahora eran un recurso que o bien se aparca o bien se explota, especialmente en tiempos de crisis. Cuántos abuelos están otra vez sosteniendo a sus hijos y a los hijos de estos. Cuántos abuelos tienen a todos sus hijos viviendo de su pensión, que peligra o está al borde de los recortes. Pero, y esos lugares, donde ni de casualidad existe un centro de mayores. Porque si malo es llevarlos a una residencia o a un centro de día, peor es no tener donde los atiendan y si se te ocurre solicitar apoyo para que en un lugar deprimido haya un centro de mayores, van y te dicen que eso no es desarrollo.

Va el Papa, pues para eso estaba en la Jornada de los Jóvenes, y dice que los jóvenes son el futuro. Sabes que eso es como caerse del guindo, pero alguien habrá que tenga que decirlo. Las cosas de Perogrullo, las del sentido común más básico, esas alguien tiene que recordarlas de vez en cuando, ante tanta estulticia y vaciedad, tanto formalismo y discurso hueco. Tanto dejar a los jóvenes de lado y no valorar que tienen derecho a una vida de trabajo y dignidad. Que hay que apoyarlos para que se formen y si lo están abriendo campo, darles oportunidades.

En fin, este hombre, me ha devuelto un poco de esperanza. Ojalá su discurso cale en jóvenes y no tan jóvenes que necesitábamos que se vuelva a valorar la rebeldía, que se vuelva a soñar con la utopía, que se vuelva a pelear por lo justo y lo digno, dejándonos de tecnicismos, de comodidades y seguridades, de privilegios y elecciones, de autoridades e imposiciones o exclusiones.

Me alegré cuando se lo eligió, pero cada vez estoy más contenta de que diga esas cosas que dice. Me está quitando años de encima a marchas forzadas y me está dando ilusión y alegría de pertenecer a la iglesia. También me está devolviendo la confianza, porque, cuando uno va en una dirección y todo el mundo o la mayoría va en la contraria, uno tiende a pensar que se ha equivocado. Gracias a él he empezado a dejar de ser rara.

¡Larga vida al Papa Francisco!